

**ARAÑÓ, Laia y VILANOVA, Francesc:** *Un mundo en guerra. Crónicas españolas de la Segunda Guerra Mundial (1939-1946)*. Barcelona: Ediciones Destino, 2008, 857 pp.

¿En qué consistía escribir durante la Segunda Guerra Mundial, y acerca de ella, en la prensa española? ¿Y qué es lo que realmente reflejaban, más en concreto, algunos importantes medios informativos de Madrid y Barcelona sobre los acontecimientos que marcarían el resto del siglo XX?

A estas dos preguntas responde la amplia antología elaborada por Laia Arañó y Francesc Vilanova, quienes en una erudita *Introducción* explican el sentido y el valor del trabajo llevado a cabo. Con esfuerzo laudable, sin duda, porque hay que ser muy paciente para percibir algo digerible en el caldoso aguachirle de una propaganda en la que casi únicamente pueden detectarse los grumos de unos insulsos *topoi* repetidos hasta la saciedad. Y es que, como ha señalado Jordi Gracia recordando a Klemperer, la lengua de nuestro peculiar *imperio* era «una forma de irracionalismo que convertía al lenguaje en *propaganda* porque no aspiraba a comprender la realidad, ni a conocerla o analizarla, sino a transmitirla prefabricada de acuerdo con su propio sistema ideológico».

No podía ser de otra manera, pues la legislación franquista concebía la prensa como un engranaje funcional más del nuevo Estado, y a ella se le encomendaba la misión de difundir la buena nueva de la doctrina oficial, bizarra mezcla de ideario falangista, tradicionalista y nacionalcatólico, con algún que otro toque de

Maurras y mucho aliño cuartelero. En consecuencia, el lenguaje de los medios durante el primer franquismo no podía ser más que un instrumento para forzar a la realidad a ajustarse a las construcciones míticas y abstrusas de una ideología dogmática, de cuyo indisputable dominio social se encargaba el musculoso brazo secular de la represión. Máxime si lo que estaba en juego era el triunfo o la derrota de quienes habían sido los más firmes soportes de la victoria del 39.

Por eso las *crónicas* periodísticas aquí recogidas se reducen casi a meros comentarios de las consignas e instrucciones dictadas por las autoridades, parcialmente recopiladas también al final del libro. Aunque lo cierto es que, como señalan los autores en su *Introducción*, los plumíferos que desde la prensa trataban de adquirir los galones de intelectuales orgánicos del régimen no precisaban de muchas orientaciones oficiales, pues se identificaban plenamente con él. Al intercalar entre las crónicas una serie de declaraciones, correspondencia diplomática o discursos oficiales de Franco y de algunos prohombres del régimen, Arañó y Vilanova permiten al lector hacerse perfectamente cargo de esta identificación entre discurso de prensa y discurso oficial, que hace buena la sentencia de Sieyès de que los siervos defienden a veces las ideas de sus señores con la aspereza y el rigor de quienes sostienen una causa propia.

Desde este punto de vista, ni son muy apreciables las diferencias entre medios de Madrid y de Barcelona, ni sirve de mucho al lector utilizar la lupa para captar los matices del discurso de falangistas, tradicionalistas, antiguos regionalistas catalanes, viejos cedistas u hombres del Movimiento, sin más. Todos coinciden en lo sustancial: la guerra española prefiguró la desencadenada en 1939; igual que en aquella, las democracias y el comunismo se situaron en el bando de los enemigos de una *sana* reestructuración de la vida europea; el frente popular francés y la

mala inteligencia británica forzaron el pacto germano-soviético, primero, y la derrota gala del 40, después. En fin, una música idéntica a la que sonó en España, aunque con otra letra.

Pero donde es más sintomática y palmaria la coincidencia de los diversos portavoces periodísticos de la coalición franquista, entre sí y con el poder, donde su ruido resulta más atronadoramente coincidentemente es en el aplauso otorgado al proyecto hitleriano de destrucción de la URSS y en la condena lanzada contra el Reino Unido y contra los Estados Unidos por abrazar la defensa del tambaleante edificio soviético. Si bien, con el tiempo, y mediando las victorias aliadas de Estalingrado y Normandía, los medios españoles se ajustarían a toda prisa a la directriz oficial de que la guerra europea se desdoblaba en dos conflictos principales: uno era el que atañía al Estado ruso, en el que España no entraba, y otro era el desencadenado por el *comunismo de exportación*, monstruo ubicuo que, derrotado en España, seguía haciendo su guerra particular no sólo contra Alemania y sus conmlitones, sino también contra las democracias occidentales.

A ese clavo ardiente se agarraría el franquismo y su prensa para justificar la finalización de su compromiso con el nazifascismo y para lograr un terreno de acomodo a la victoria aliada. Y cuando a partir de 1944 resultase evidente la derrota del Eje, obligando a un prudente cambio en el alineamiento de la diplomacia franquista, cambiarían también los registros del dis-

curso periodístico elaborado en Madrid y Barcelona, permitiendo a la realidad penetrar en la muralla hasta entonces infranqueable de la ideología. Nüremberg, desde luego, hizo más fácil la autocrítica implícita que ello implicaba. Aunque con límites, según se aprecia en las crónicas que analizan —es un decir— la evolución de Italia a partir de 1943, la figura de Pío XII o la política exterior de Franco durante todo el conflicto, incensada con las pastosas referencias a su *limpia espada* y a su genialidad para combinar neutralidad y beligerancia en dosis tan sabias como para permitir el salvamento de los muebles del régimen después de 1945.

En realidad, más que de cambio de orientación —salvo quizá en los periodistas etiquetables como democristianos, al modo franquista, eso sí— el nuevo aire que la victoria aliada insufló en el periodismo madrileño y barcelonés fue de puro estilo, de lenguaje. De ahí la utilidad que aportaran estas crónicas para entender algo más de las relaciones existentes entre el franquismo y los profesionales de la pluma. Pues al compás del imparable avance aliado sobre el corazón de Alemania, la retórica del periodismo español se fue despojando aceleradamente de su insufrible remilgamiento, del abarrocado ropaje arcaizante con que cubría la vacuidad de sus generalizaciones, de su «fumistería», en suma, para decirlo con palabras de Pla. No menos, pero tampoco más.

Tomás Pérez Delgado